

## Del Amor y sus marcas. Unas pocas palabras para comenzar a transitar por la Cuaresma.

*“Polvo serán, más polvo enamorado...”*  
Francisco de Quevedo y Villegas

Hoy es de aquellos días que se vive con un profundo silencio interior. Un claro de silencio reservado, incólume y visible que se asienta dentro de la urdimbre selvática y profusa que nos habita el pecho. Un tipo de silencio que se nos posa sobre el alma y nos acompaña en todo lo que hacemos: la risa, las palabras, la prisa, los quehaceres, el conversar e incluso el estar quietos. Presencia epifánica del Dios cotidiano en el que “somos, nos movemos y estamos” (Hch 17,28). Instancia de visita, memorias y reencuentro.

El Miércoles de Ceniza es uno de los días en que tenemos la posibilidad de asistir como el cuerpo de fe que somos al entrecruce de varios sentidos del misterio de Vida, y de ser traspasados por ellos. Un día como este nos lleva a aquellas coordenadas del Creer desde donde podemos re-ligarnos con lo más íntimo, preciso y precioso de ese don del vivir que se nos ha otorgado, y re-conocerlo incomprensible y único como es.

La ceniza, volátil en su esencia, de alguna forma incita al movimiento. El aire que la alza ligera nos alienta a vaciarnos de aquello que nos pesa, de pesares. El solo gesto de acogerla, exige que alcemos la frente y la vista hacia lo alto. Celebrar las Cenizas implica definitivamente otras posturas y desplazamientos. Estas dislocaciones que nos provoca van más allá del momento de la liturgia y habrán de acompañarnos por la Cuaresma y su peregrinaje. De pie y en marcha, como el Jesús de toda tentación en aquella jornada del desierto (Lc 4,5), el día de hoy desde ya nos recoloca para observar desde otro punto más abarcador este regalo que es la vida y lo que hacemos humanamente con ello. La visión, sin embargo, puede ser desolada: des-virtuamos- ¡qué bien que nos asiste esta palabra! puesto que sí, extinguimos de virtud- lo que el buen Dios nos da. Como mercaderes insensatos trocamos las perlas por bolitas de estiércol.

Los campos de conflicto, los sembrados de odio, las piedras de violencia y del desprecio colman cada vez más visiblemente el tiempo y los espacios de este mundo de Dios. Las florecillas del Amor y sus esporas luchan frágiles, tercas, por renacer y propagarse en medio de ello. Desde esto que se ve nos preguntamos: Los dones que nos dio, los carismas, la posibilidad de estar en los lugares donde servimos ¿qué hemos hecho... qué hemos de hacer con ello? Los afectos, la fidelidad, la confianza, el cuidado, el buen amor de quienes nos rodean ¿los hemos aceptado y acogido? ¿Dónde los hemos puesto? Don preciado es la Vida y tiene en sí certezas y preguntas, así como también tiene su tiempo. Cada quien, sabe el suyo, el necesario...

Desde ese otro lugar de la ceniza se nos anima a ver de manera distinta, y este ver diferente nos anima. Este silencio de hoy y lo que trae no es un vacío que aísla y paraliza, sino que nos empuja más con-centrados (con Dios, con lo que pasa) desde adentro y hacia el mundo. Nos saca del encierro protector a donde como un día al profeta Elías ( I Re 19, 9-18), nos han ido llevando los tantos cambios y desafíos que implica nuestro humilde llamado a ser y darnos, a servir y a proseguir en medio de un contexto que, como todo contexto humano, puede resultar en mayor o menor grado adverso, hostil, intenso. Nos cuenta como un silbo apacible (I Re 19, 12b), como un callar inquieto. Transitar con los sentidos despiertos por este día inevitablemente nos con- mueve. Los vientos que desatan se llevan lejos las trazas de ceniza, pero ¡nos impulsan también junto con ello! Sé que después de este hoy, haremos algo.

La ceniza, con su fuer de marcar y ser inatrapable al mismo tiempo, nos lleva a constatar esa fragilidad de lo perenne. Así somos, palpables y etéreos como ceniza misma. Así es todo. La marca en la frente nos hermana y nos une al resto de lo que existe. Como un ojal de Dios, a través de ella, nos cose y entrelazan Sus hilos a todo lo que vive, respira, y habita en estos mundos nuestros. El silencio de hoy, con su abono de ceniza, ha de llevarnos luego a germinar las palabras precisas que denuncien y anuncien, conscientemente, nuestra preocupación por la Vida. Esta inquietud es holística, incluye a todo lo que existe, a lo creado de lo que somos parte. Palpitamos junto con todo ello.

“Polvo eres y al polvo volverás”- se nos recuerda...Y en silencio sonreímos a este misterio claro, mitad agradecidos y perplejos, y seguimos avanzando asombrados por la marca de sombra: ese punto de Dios, punto de Amor, que lo contiene todo.

Más allá de lo que será, son sus partículas reminiscencia de lo que un día fue y presencia palpable de los que un día fueron. Así habita el recuerdo y sobrevive en la mancha frugal de la ceniza. Así nos quedan hoy los siempre amados, justo ahí, como trazo presente e inasible sobre la piel de los recuerdos.

Esta marca es el sello de estar vivos, y también es su beso.

*Daylins Rufin Pardo/ Habana, Marzo de 2017 AD*